

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- 5 **Las edades de la vida**
- Julia Alessi de Nicolini* 6 **Los doce años**
- Carlos Hoevel* 9 **El joven**
- Luis Baliña* 27 **La crisis de la mitad de la vida**
- Lucía Piossek Prebisch* 34 **La vejez**
- Erich Kock* 41 **El filósofo ante la muerte. Llegamos adonde partimos.**
In memoriam Josef Pieper.
- Carlos Schickendantz* 50 **Muerte, purificación escatológica e integración del hombre.**
Una contribución de Karl Rahner.
- Carlos Valiente Noailles* 60 **Reflexiones en torno al ciclo vital de los bosquimanos**
- Santiago Kovadloff* 82 **Cáin doliente**
- Alberto Lago Freire* 90 **La entraña del cristianismo,**
de Olegario González de Cardedal

Sobre la vejez

*por Lucía Piossek Presbich (UNT)**

1. "... a mí, Céfalo, me gusta platicar con las gentes de mucha edad; me parece que se puede aprender de ellos, porque se nos han adelantado en la ruta que seguramente deberemos recorrer...", se puede aprender "de qué naturaleza es tal ruta, si es dura y penosa o fácil y cómoda. También me gustaría saber cuál es tu sentir acerca de lo que los poetas llaman 'el umbral de la vejez', porque tú has alcanzado este momento de la vida, si es un tramo difícil de la existencia, o si tienes otra cosa que decir"(Platón, *República*, 328 d,e)

De vuelta del Pireo, Sócrates se ha detenido en casa de Polemarco, a cuyo padre, Céfalo, encuentra muy envejecido. Hacía mucho tiempo que no lo veía. Y como Céfalo le pide que, sin renunciar a la presencia de los jóvenes, le conceda la oportunidad de conversar -es el placer que se le acrecienta a medida que la posibilidad de otros placeres se le cierra- se entabla un breve diálogo acerca de la última etapa de la vida humana.

Céfalo responde a las cuestiones de Sócrates de un modo que no podría llamarse precisamente un elogio a la vejez, pero sí un sereno balance de una experiencia vital.

¿Es esa última etapa de la vida un mal? ¿Tienen acaso razón aquellos ancianos que se reúnen para quejarse y lamentarse entre todos de los males de la vejez? ¿No es verdad, acaso, argumenta

* Profesora de Filosofía, Universidad Nacional de Tucumán.

Céfalo, que esos mismos ancianos, de jóvenes, se reunían también para quejarse y lamentarse por motivos entonces diferentes? ¿Es la vejez la causa de los lamentos? ¿No será acaso la manera de afrontar la vejez, la continuación de la actitud que se tenía en otras edades de la vida? Parecería que, según Céfalo, la actitud ante la vida fuera la verdadera causa." Según mi opinión, Sócrates, es que esos viejos no tocan la verdadera causa, tal vejez habría tenido igual efecto sobre mí y sobre todos los que han llegado a esta edad". (329 b)

Es cierto que con certero realismo Sócrates sugiere, y Céfalo acepta, que esa actitud serena y sabia es posible gracias a una holgura económica de que dispone la familia de Polemarco. Céfalo está de acuerdo, pero tampoco ésta sería para él la *causa* verdadera de la serenidad: si así fuera, no existirían esos hombres de gran fortuna que se lamentan, infelices con su vejez...

2. Tres textos bastante recientes, con carácter autobiográfico, de tres pensadores ancianos de nuestro tiempo, me han sugerido la idea de relacionarlos con las breves pero señeras palabras de Céfalo. Debo reconocer que la elección – más que elegirlos, los textos se me impusieron espontáneamente– es bastante arbitraria. Reconozco que paso por alto los escritos sobre la vejez de pensadores que van desde Cicerón a Simone de Beauvoir. Lo que ocurre es que se me propuso el tema de la última etapa de la vida, y de pronto, como un eco de la conversación de Sócrates con Céfalo, me vinieron a la memoria escritos que recientemente había leído: la "*Autopresentación*", el "*Ensayo de autocrítica*", de Hans-Georg Gadamer; la *Autobiografía intelectual*, de Paul Ricoeur, *De senectute*, de Norberto Bobbio (1). Son textos de tres pensadores, tres filósofos, dos procedentes de la hermenéutica, uno de la filosofía política y la filosofía del derecho. Tres intelectuales. Como se ve, también la elección, mejor dicho, la presentación espontánea de estos textos, está referida a la experiencia de la vejez y el trabajo intelectual, más estrictamente el trabajo filosófico.

No está de más que confiese otra gran limitación de mi enfoque: la gran literatura universal proporcionaría un material riquísimo para tratar el tema de la vejez. Mucho más que la filosofía.

Indicadas las grandes limitaciones de este breve escrito, pasemos a una consideración de los textos mencionados. Los tres pen-

sadores han sido, y siguen aún siendo, testigos de uno de los siglos más increíbles de la historia de Europa, historia que ha adquirido ya dimensiones planetarias. “En el momento en que escribo -apunta Bobbio- no pasa día sin que los periódicos den noticias de la inminente celebración del Jubileo que tendrá lugar a finales de siglo, al inicio de tercer milenio. Ha transcurrido el siglo ‘corto’, como se le ha llamado, aunque marcado por acontecimientos terribles : dos guerras mundiales, la revolución rusa, comunismo, fascismo, nazismo , aparición por primera vez en la historia de los regímenes totalitarios, Auschwitz e Hiroshima, decenios de equilibrio de terror, y luego, tras el derrumbamiento del imperio soviético y el final de la guerra fría, un interrumpido estallido en las más diversas partes del mundo de guerras nacionales, étnicas y tribales, limitadas territorialmente aunque no menos atroces. Para terminar, el fenómeno en parte nuevo del terrorismo internacional, inasible, indescifrable y al menos por ahora irresistible”. (Bobbio, 69-70)

Los tres pensadores no han simplemente leído y escuchado acerca de este siglo; lo han vivido.

3. *De senectute* es la reflexión de un casi nonagenario filósofo de la política sobre la vejez, sobre la propia experiencia de la vejez, con la expresa decisión de tratar el tema al margen de toda retórica. No se espere de Bobbio un elogio de la vejez ni una actitud desesperada ante la vejez. “El viejo satisfecho de sí de la tradición retórica y el viejo desesperado son dos actitudes extremas”. Vivimos en “un pluriverso de valores contradictorios”, y entre los dos extremos de la tradición retórica y del viejo desesperado hay otros infinitos modos de vivir la vejez.

Decimos decisión de ponerse fuera de la retórica: tanto de la retórica clásica, que atribuye a la vejez una serie de virtudes compensatorias (sabiduría, bonhomía, etc) y la abominable nueva retórica generada con fines comerciales por la sociedad actual, para la cual el anciano es un “cortejadísimo disfrutador de la sociedad de consumo”. Se trataría de la nueva imagen del anciano, feliz con el disfrute de los bienes del consumismo, imagen que los mass media se han ocupado de difundir en sustitución de la del anciano “virtuoso y sabio” de otrora.

Bobbio quiere evitar a toda costa la simplificación fácil y la reducción de la vejez a un solo tipo de vejez. Y así como hay ancianos

y ancianos, hay varias vejezes: la biológica, la burocrática, la psicológica o la subjetiva "Biológicamente, yo sitúo el comienzo de mi vejez en el umbral de los 80 años. Pero psicológicamente siempre me consideré un poco viejo, incluso cuando era joven. Fui un viejo de joven y de viejo me consideré un joven hasta hace unos años... "La vejez psicológica es la más difícil de definir, pero al mismo tiempo la más fácil de superar. Está más bien relacionada con la marginación de los viejos en una época como la nuestra, tan diferente de las sociedades tradicionales, estáticas. Nuestra época es la del curso histórico cada vez más acelerado, en que el paso y el ademán lentos del anciano casi no tienen cabida.

Podría decir que una virtud que Bobbio no destaca pero que exhibe en su escrito es la virtud de la lucidez de la mirada, tanto al mundo en que largamente ha vivido, como a la propia obra de intelectual. Su vida, según Bobbio, ha recorrido -y está en la final- tres etapas: la de prueba (1940-1948), los años de rutina académica (1948-1979), y los años de reflexión: última fase de su vida, como Céfalo en la *República* de Platón. Desde la atalaya de su etapa reflexiva ve peligros que lo acechan en cuanto viejo: "A cierta edad cuesta cambiar de opinión. Uno se encasilla cada vez más en sus convicciones, se vuelve más indiferentes a las de los otros. Se mira con recelo a los innovadores. Cada vez más encariñado con las viejas ideas, y al mismo tiempo cada vez más desconfiado frente a las nuevas. El excesivo apego a las propias ideas nos hace más parciales. Me doy cuenta de que debo guardarme de eso". (Bobbio, 16).

Y para guardarse de eso, el viejo, al menos el viejo intelectual, parece contar con un poderoso contraveneno: disminuye en él la curiosidad de saber, aunque cierto debilitamiento de las propias facultades, y sobre todo el avance incontenible y la rapidez vertiginosa en la esfera de los conocimientos y en las aplicaciones técnicas derivadas de ellos, hacen algo dificultoso satisfacerla.

Pero si hay alguna sabiduría de la buena vejez, es no considerar un mérito "estar siempre en la brecha". "Es un acto de sabiduría mirar sin demasiada indulgencia al propio pasado, no poner excesivas esperanzas en el propio e incertísimo futuro, y en cuanto al presente, subir cada año un poco más por el graderío, a donde llegan

menos nítidas las imágenes de los actores y más amortiguadas las voces de la calle."16

Céfalo reprochaba cordialmente a Sócrates la falta de asiduidad en sus visitas. Céfalo *necesitaba* conversar con Sócrates. A medida que le interesaban menos los placeres de la juventud, más saboreaba el diálogo inteligente.

Pues bien, el viejo, según Bobbio, posee un inmenso tesoro sumergido: el acopio de memoria. "Ese inmenso tesoro sumergido yace a la espera de que una conversación o una lectura lo saquen a retazos a la superficie, o que tú mismo urgues en él en una hora de insomnio..."(73) "El gran patrimonio del viejo está en el maravilloso mundo de la memoria, fuente inagotable de reflexiones sobre nosotros mismos, sobre el universo donde hemos vivido, sobre las personas y acontecimientos que a lo largo del camino nos llamaron la atención." "Maravilloso este mundo..."(72) "No te detengas. No dejes de seguir sacando"(73).

Y este anciano intelectual que es Bobbio saca del pozo de su memoria casi un siglo de la historia de su Italia, de Europa, y la de su propia obra como filósofo de la política y del derecho. (Véanse sus *Escritos autobiográficos*, en el mismo volumen que *De senectute*).

3. A mi modo de ver, sin ocuparse de modo explícito de la vejez, Gadamer y Ricoeur exhiben en los breves escritos que comentamos un tesoro de experiencias extraídas del "pozo de la memoria". Con Gadamer, que tiene la edad misma del siglo, nos instalamos en una perspectiva de la historia intelectual de Europa, más propiamente del mundo germánico en materia de filosofía. Los finales del neokantismo, la eclosión de las filosofías de la vida tras la primera guerra mundial; aspectos y personajes de la vida académica, la desazón de la juventud en medio del nihilismo de postguerra y las razones del casi mágico atractivo producido por el joven filósofo de Marburgo: Martin Heidegger; la aparición de los movimientos expresionistas, el prestigio de Stephan George, de Rilke y de la poesía hermética. La preparación de la segunda postguerra y los avatares de quien se había formado para una sobria vida académica de filósofo y filó-

logo a la vez. El lento resurgir de la Alemania filosófica tras la catástrofe, e inclusive la importancia que filósofos empobrecidos y aislados del mundo intelectual concedieron al hecho de ser invitados al Congreso de Filosofía de Mendoza, en 1949.

Sobre un fondo histórico vivido, el anciano filósofo echa una mirada objetiva, desapasionada, crítica a su propia trayectoria intelectual, y más puntualmente a su gran obra *Verdad y método*. Ve los logros de esta obra, pero la somete a una aguda autocrítica. Prefiere no obstante, con escasas mejoras, dejarla tal cual: "Me ha parecido excesiva para un octogenario la pretensión de seguir aprendiendo. Por eso he dejado sin modificaciones el texto de *Verdad y método*, y me he limitado a introducir ocasionalmente pequeñas mejoras." (12) .

Pero, a pesar de esa actitud, no puede evitar, por ejemplo, el debate con Habermas sobre cuestiones fundamentales de carácter hermenéutico ni el frecuente encuentro con Derrida sobre relaciones entre hermenéutica y deconstructivismo.

En 1989, mi marido y yo, en un Encuentro organizado en Bad Godesberg por la Alexnader von Humboldt-Stiftung, escuchamos al ya por entonces muy anciano filósofo en un exposición sobre "Heidegger y los griegos", de una hora de duración, sin siquiera una guía de ayuda-memoria. Pareciera que así como un atleta conserva la salud y flexibilidad de su cuerpo, puede darse un esplendor de la vejez intelectual hecha de lucidez, experiencia decantada, síntesis.

De similar manera sorprende Paul Ricoeur en su reciente *Autobiografía intelectual*. Es cierto que, a diferencia de Gadamer, no es un testigo tan explícito del clima filosófico y cultural de su siglo. Fiel a su idea del desvío "por la vía larga", a fin de autoconocerse, es decir, fiel a la idea de que quien pretenda conocerse debe hacerlo, no por introspección presuntamente directa, sino a través del rodeo por las obras, describe con puntilliosidad su despliegue intelectual a partir de los años 29-30. Las influencias tempranas y decisivas de Husserl, Marcel -los memorables "viernes" en lo de Gabriel Marcel-, de Jaspers; la experiencia fructífera en los años de cautiverio, como oficial, durante la Segunda Guerra: "Esos años de cautiverio fueron.. muy fructíferos, tanto desde el punto de vista humano como intelectual".

(23) Efectivamente, el cautiverio transcurrido en diferentes campos de Pomerania fue la ocasión de una experiencia humana extraordinaria: la lectura de Jaspers, juntamente con Dufrenne; la lectura de Heidegger, la traducción de las *Ideen* de Husserl, los primeros esbozos de la *Filosofía de la voluntad*...

Precisamente, desde esta obra temprana, hasta *Soi-même comme un autre*, y la problemática en torno a esta última, como por ej: las relaciones entre fenomenología y moral, se despliega en la *Autobiografía* de Ricoeur su extensa y tan densa vida de filósofo en nuestro siglo.

4. A pesar del mal carácter de Bobbio -reconocido por él mismo- de su tendencia hacia el pesimismo, a pesar de la admisión, pero no la aceptación de las limitaciones impuestas por la edad, los tres ancianos filósofos - que tiene que saberse al final de sus vidas - nos transmiten una impresión de paz, quizá como resultado del balance de una vida rica y cumplida dentro de los marcos, por cierto, de la "humana proporción". Ante el más allá del Gran Límite, mantienen silencio. En Ricoeur, por ejemplo, este silencio se debe a un pudor metódico, en cuanto filósofo, ante las cuestiones últimas.

Los testimonios de estos viejos, de estas vidas cumplidas, me traen a la memoria unos versos de Hölderlin: "A las Parcas", que tuve la osadía de tratar de traducir en mi adolescencia::

"Sólo *un* verano concededme, ¡oh Poderosas!,
y *un* otoño, para madurar el canto,
a fin de que mi corazón, saciado de ese dulce juego,
muera con más calma.

El alma que no se hizo justicia en tierra
tampoco allí, en el Orco, gozará de paz.

Pero si una vez yo hubiera realizado lo sagrado:
es decir, la poesía que hay en mi alma,
¡Bienvenida entonces, oh tranquilidad
del mundo en sombras! [...]

Notas:

- Norberto Bobbio, *De senectute*, trad. esp. Ester Benítez, Taurus Madrid, 1997

- Hans-Georg Gadamer, "Entre fenomenología y dialéctica. Intento de autocrítica", y "Autopresentación de Hans-Georg Gadamer", en *Verdad y método* 1, tradu. esp. Manuel Olasagasti, Sígueme, Salamanca, 1994.

- Paul Ricoeur, *Autobiografía intelectual*, trad. esp. Patricia Willson, Nueva Visión, Buenos Aires, 1997.